tar su regocijo, lanzáronse de entre las llamas al ancho y libre espacio de los aires tres mil pájaros de todas clases, con cintas tricolores pendientes de sus cuellos, y en las que estaban escritas estas palabras: *Somos libres, imitadnos.*

»La cuarta estacion se hizo delante del cuartel de los Inválidos, monumento del orgullo de un déspota, pero perfeccionado ya por la beneficencia y soberanía nacional. Despues de haber aniquilado la tiranía de los reyes, la Francia tuvo que combatir un nuevo monstruo no menos peligroso para la Libertad, es decir, el *Federalismo.* Un monumento indicaba en esta estacion tan reciente victoria. Sobre la cumbre de una roca hallábase erigida una estátua colosal que representaba al Pueblo francés. Mientras que con mano firme sostenia unido el haz de los departamentos, un monstruo cuyas estremidades inferiores terminaban en dragon marino, saliendo de entre las cañas de una fétida laguna, se esforzaba por llegar arrastrándose adonde estaba el haz para romperle. El coloso, oprimiendo con sus pies el pecho del monstruo, se preparaba á darle el golpe mortal, amenazando con la maza su cabeza. El pueblo, al contemplar aquellos emblemas erigidos en los aires á una grande altura, reconoció su poder y su triunfo, y las imágenes bajo las cuales él y su historia estaban representados á sus propios ojos, formaron el testo del discurso que el presidente pronunció en esta ocasion en estos términos:

»Pueblo francés, contémplate representado ante tus propios ojos bajo un emblema fecundo en lecciones instructivas. Ese gigante, cuya mano poderosa reune y liga en un solo haz los departamentos que constituyen su grandeza y su poder, eres tú. Ese monstruo, cuya mano criminal quiere romper el haz y separar lo que unió la Naturaleza, es el federalismo. Pueblo consagrado al odio y

conjuracion contra todos los déspotas, conserva toda tu grandeza para defender tu libertad. Únanse al menos una vez en la tierra el poder, la verdad y la justicia. Declara la misma guerra á los que quieren dividirte que á los que maquinan tu perdicion, pues todos son igualmente culpables. Que tus brazos, estendidos desde el Océano al Mediterráneo y desde el Yura á los Pirineos, abracen en todas partes hijos y hermanos! Reten bajo una sola ley y un solo poder una de las partes mas bellas de este globo, y esperimenten los pueblos esclavos, que solo saben admirar el poder y la fortuna, al contemplar tu prosperidad, la necesidad de alcanzar como tú esa libertad que te ha hecho ejemplo del mundo.»

»Solo la entrada del campo de Marte, local de la última estacion, presentaba á la vista, á la imaginacion y á las almas una de esas lecciones tiernas y sublimes, cuya idea y espectáculo solo la Libertad puede concebir y ofrecer. Sobre dos Términos, colocados uno enfrente de otro, habíase colgado una cinta tricolor, y sobre esta un nivel, alegoría sensible de la Igualdad social, que sujeta á todos los hombres á un plan comun, y los nivela ante la ley, del mismo modo que lo están por la naturaleza.

»Despues de haberse doblegado, ó mas bien realzado todos bajo dicho nivel, los individuos de la Convencion nacional, los ochenta y siete comisarios de los departamentos y los enviados todos de las Asambleas primitivas, subieron las gradas del altar de la Patria, y al propio tiempo que el numeroso pueblo, que cubria la ancha llanura del Campo de Marte, se iba colocando en silencioso recogimiento en torno de sus enviados y representantes, el presidente, colocado en el punto mas alto del *altar de la Patria*, teniendo á su lado al mas anciano de los comisarios de los departamentos, publicó desde allí, como desde la verdadera Montaña santa, el número de votos de

las Asambleas primarias de la República, y proclamó la Constitucion de esta manera:

«Franceses, vuestros mandatarios han interrogado, en ochenta y siete departamentos, á vuestra razon y conciencia acerca del acta constitucional que os han presentado. Nunca una votacion mas unánime organizó una república mayor ni mas popular. Hace un año que nuestro territorio estaba ocupado por el enemigo; proclamamos la República y quedamos vencedores. Ahora y mientras constituimos la Francia, la Europa la ataca por todas partes. *Juremos defender la Constitucion hasta la muerte; la República es eterna.*»

»Inmediatamente despues de esta proclamacion el presidente depositó en el arca, colocada sobre el altar de la Patria, el acta constitucional y la lista de los votos del pueblo francés.

»En este momento, *que constituia la época mas grandiosa del género humano*, resonaron salvas numerosas de artillería, y conmovieron los aires millares de voces confundidas en un grito unánime, pudiendo decirse que el cielo y la tierra respondian á la proclamacion de la Constitucion, que *desde la existencia de los pueblos* era la única que habia dado á un gran imperio una libertad cimentada en la igualdad, y convertido la fraternidad en dogma político.

»Los ochenta y siete comisarios de los departamentos, que durante la marcha habian llevado una pica en la mano, se aproximaron al presidente de la Convencion para ponerlas todas en las suyas. Reuniólas en un solo haz atado con una cinta tricolor, y los redoblados estampidos del cañon anunciaron de nuevo al cielo la alegría de la tierra en vista de este acto, que ponia en relieve la unidad é indivisibilidad de la República.

»Todo estaba ya cumplido para la existencia de la República; pero restaba todavía pagar una sagrada deuda de agradecimiento á los franceses que murieron combatiendo en defensa de ella. Los individuos de la Convencion descendieron del altar de la Patria, y atravesando una porcion del Campo de Marte se dirigieron á uno de sus estremos, y penetraron en el templo fúnebre en que *las decoraciones antiguas, semejantes á los monumentos cuya belleza nos ha trasmitido la historia de las artes y de las repúblicas*, esperaban las cenizas de nuestros defensores. Seguia en pos de ellos el carro fúnebre, y la urna de las cenizas amadas fué trasportada al vestíbulo del templo levantado á vista de todo el pueblo. Los Convencionales se colocaron bajo las columnas y los pórticos, y todos los espectadores se descubrieron, y prestaron un silencio profundo llenos de ternura y respeto. El presidente, inclinado sobre la urna que abrazaba con una mano, mientras con la otra enseñaba al pueblo la corona de laurel destinada á los mártires de la Libertad, les dirige los homenajes y, por decirlo así, el culto de la Patria, en estos términos:

«Concluyamos esta augusta jornada con la solemne despedida que debemos á aquellos de nuestros hermanos que sucumbieron en los combates. Privados quedaron de concurrir á la constitucion de su país y de dictar los artículos de la carta de la Francia; pero ellos los habian preparado. Inspirados por su heróica abnegacion escribieron la libertad con su sangre. Hombres intrépidos! Cenizas amadas y preciosas! Urna sagrada! Yo os saludo con respeto; yo os abrazo en nombre del pueblo francés; yo deposito sobre vuestros restos protectores la corona de laurel, que la Patria y la Convencion nacional me han encargado os presente.»

»Tal era la marcha, tales eran los objetos y cuadros que se ofrecieron á las miradas y contemplacion del *Pue-*

blo soberano, en la inauguracion de la República francesa. Nunca la Libertad apareció mas augusta ante los siglos y las naciones. El pueblo fué grande y majestuoso como ella (1).»

Como ramillete de esta fiesta de la Naturaleza, inspirada por los mas puros recuerdos mitológicos, los literatos inundan la Francia de himnos en prosa y verso, en que celebran á porfía *la felicidad de los salvajes*. Uno de ellos esclama: *Lapon dichoso, á quien ocultan tan bien la alegría y la inocencia en ese apartado rincon del mundo*, tú no temes la carestía, ni hiere nunca tus oidos el ruido de los combates que asolan y destruyen tantas veces las provincias y ciudades mas florecientes de Europa. Tú duermes tranquilo sin deseos ni exigencias, exento de penas y cuidados, y prolongas tu existencia apacible mas de un siglo con una salud constante y una tranquila y cómoda vejez. Tú ignoras esas innumerables enfermedades que á nosotros los europeos nos afligen. Vives, como las aves en los bosques, sin sembrar y sin recoger cosechas, y sin embargo el Dios bueno provee á tu sustento. ¿Tienes, santa Inocencia, colocado tu trono entre *los Faunos*, en las mas ásperas y remotas comarcas del Septentrion? ¿Quieres mejor mostrarte bajo humildes vestidos de cor-

(1) Informe sobre los monumentos, marcha y discursos de la fiesta consagrada á la inauguracion de la Constitucion de la República Francesa, el 10 de Agosto de 1793, impreso por orden de la Convencion. Folleto en 8.°, Imprenta nacional.

Estracto de la relacion oficial de la Convencion, de 13 de Setiembre de 1793, año II de la República francesa, una é indivisible.

La Convencion nacional, despues de haber oido la relacion oficial de la ceremonia del 10 de Agosto último y de la aceptacion de la Constitucion, decreta que se imprima y distribuya entre sus individuos en número de seis ejemplares á cada uno, que se envie á los departamentos, distritos, municipalidades, sociedades populares y ejércitos, y que se traduzca en todas lenguas.

Visado por el Inspector.—Firmado: *Blaux*.

tezas de árboles que de seda? *Así lo creyeron los antiguos*, y sin duda tenian razon.

Ensalzando luego la superioridad del salvaje sobre el hombre civilizado, añade, siguiendo siempre á los antiguos: «En los tiempos *heróicos de la Grecia* en que el fruto de la verde encina era aun el principal alimento de sus semi-salvajes habitantes, eran mas conocidos que en tiempo de Teofrasto los vegetales del país (1).»

Claro es, pues, que para regenerarse por completo el género humano, no necesita mas que quemar las ciudades y aldeas, despojarse de sus trajes, volver á los bosques, y dejar de comer pan para alimentarse con bellotas.

Ved, pues, cuál era el estado en que se hallaba la razon pública en Francia entre las clases salidas de los colegios. ¿De dónde provenia semejante empobrecimiento de ideas? ¿Cómo se habian alimentado aquellas almas educadas por sacerdotes y religiosos? ¿A qué época habremos de remontarnos para hallar las fiestas de que la solemnidad del 10 de Agosto fué humillante y ridícula parodia? ¿Dónde se encuentran el fondo y formas de aquellos himnos á la *Naturaleza*, sino en los poetas clásicos y en los revolucionarios educados en su escuela? Al oir á los discípulos se cree escuchar á los maestros, y las palabras que acabamos de trascribir parece ser una version hecha en el colegio:

. . . . . Per se dabat omnia tellus
Contentique cibis, nullo cogente, creatis,
Arbuteos fœtus, montanaque fraga legebant.
Conaque et in duris hærentia mora rubetis,
Et quæ deciderant patula Jovis arbore glandes.
. . . . . Silva nativas opes

(1) *Década filosófica*, tomo I, pág. 391-3.

Et opaca dederant antra nativas domos.

. . . . . .

Tunc tellus, communis erat;
Sponte sua, sine lege, fidem rectumque colebat.

Tal es la doctrina seductora de los maestros que admira la juventud, Tibulo, Ovidio, Séneca, Horacio, etc.

No nos asombremos de hallar harto repetido por plumas vulgares, ese ditirambo en honor de los Lapones y del estado de naturaleza. Los talentos escogidos se habian dejado seducir por los sueños políticos y sociales de la bella antigüedad, tan admirados en los colegios. En los momentos mismos en que se celebraba la estraña fiesta que acabamos de describir, escribia Chateaubriand: «Si el que se ha desprendido de los goces de la fortuna para ir al otro lado de los mares á contemplar el mayor espectáculo que puede ofrecerse á la vista del filósofo, y meditar *sobre el hombre libre de la naturaleza*, puede merecer alguna confianza, en mí hallareis, lectores, á ese hombre....

»Todos se glorían de amar la libertad, y casi nadie tiene exacta idea de ella. Cuando en mis viajes por las naciones indianas del Canadá, me hallaba solo por la primera vez en medio de un océano de bosques con la naturaleza toda postrada, por decirlo así, á mis piés, se obraba en el fondo de mi alma una revolucion estraña, y me decia á mí mismo: Aquí no hay ciudades, ni reducidas habitaciones, ni presidentes, ni república, ni rey, ni leyes, ni hombres. Hombres! Sí, algunos *buenos salvajes*, que como yo se dirigen errantes y libres adonde los conduce el pensamiento, comen cuando quieren, y duermen donde y cuando les agrada; y para convencerme de si me hallaba reintegrado en *mis derechos primitivos*, me entregaba á *mil actos de mi voluntad*, que hacian perder la paciencia al corpulento holandés que me servia de guia, y que en su interior me creia loco.

»*Libre del yugo tiránico de la sociedad, comprendí entonces los encantos de la independencia del estado natural.* Entonces comprendí por qué un salvaje no se hizo nunca europeo, y si muchos europeos llegaron á hacerse salvajes; y por qué el *sublime* discurso sobre *la desigualdad de condiciones* es tan poco comprendido por el mayor número de nuestros filósofos.... Yo por mi parte *contemplaba con ojos de gigante el resto de mi raza degenerada.* Las virtudes de los salvajes son tan superiores á nuestras virtudes convencionales, como lo son *las almas de aquellos hombres de la naturaleza* á las de los hombres en sociedad.... *¡Ojalá, bienhechores salvajes, podais disfrutar durante largo tiempo de vuestra independencia!* (1)»

Fácil nos sería citar otros muchos pasajes escritos en el mismo estilo.

(1) *Ensayo sobre las Revoluciones*, pág. 3-670, edicion de Lóndres.